

Nosotras red(volucionarias)

Sobre las tecnologías y la imagen de las bibliotecarias

NOSOTRAS [bibliotecarias de diversos sexos y orientaciones sexuales] (1) seguimos preocupadas por nuestra imagen, por cómo nos ven y nos imaginan las gentes que van o no van a las bibliotecas.

Atrapadas en un retrato que no nos satisface, las bibliotecarias tenemos que alimentarnos con un menú fijo de pescadilla enroskada que se compone de:

- La gente usa poco las bibliotecas
- Las asocian con esa época de la vida en la que están matriculadas en algún centro de estudios (aunque muchas no las pisan ni en esa época)
- La imagen de las bibliotecarias está extraída de tópicos caducos o de experiencias lejanas y poco afortunadas
- Las administraciones responsables pasan de invertir lo necesario para que las bibliotecas puedan ofrecer más servicios interesantes y se den a conocer entre la gente
- Como consecuencia de esto último la gente usa poco las bibliotecas

NOSOTRAS [algunas dirán qué pesimistas] creemos que este mordisco en la cola de la pescadilla tiene mucho de cierto, pero, al mismo tiempo, estamos convencidas de que no se han agotado todos los factores para que nuestra imagen sea la que es. La susodicha pescadilla nos deja en una posición bastante victi-

mista (“esa gente que pasa de leer o de informarse”, “esas administraciones canallas que no nos reconocen”) y eso nunca es bueno, ni totalmente cierto.

Puestas a mirar, algunos de los tópicos que nos adjudican no son negativos. Por ejemplo, tenemos fama de ser grandes lectoras. “¿Trabajas en una biblioteca? Hija que suerte, tendrás mucho tiempo para leer”. Es, desde luego, mucho suponer que una tenga tiempo para hacer lo que quiere dentro de la biblioteca y un modelo del “pensar bien aunque no aciertes” decidir que si lo tenemos lo vamos a emplear leyendo. A falta de algún estudio sesudo (quizá lo haya para otros países y prometo buscarlo) mi percepción personal es que con las bibliotecarias pasa como con el resto de las trabajadoras: algunas leen mucho, otras poco y muchas nada. Nada relacionado con la literatura, el pensamiento o la propia profesión, me refiero.

Hay otros lugares comunes sobre las bibliotecarias que ya no son tan positivos: somos serias (tirando a sosas y estiradas); frustradas (“qué pena esta chica, con carrera superior y se hizo bibliotecaria”); obsesionadas por el orden y el silencio; guardianas de la colección hasta el martirio (propio o ajeno). En fin, una sarta de lindezas a la que hay que añadir el lote inherente a cualquier trabajadora que sea funcionaria (y la mayoría de



NOSOTRAS en este Estado lo somos) o se asimile al funcionariado por parte del público: las de la hora del café, las que no calientan el asiento, las que van al trabajo a descansar, las que rabian cuando ven entrar a una clienta, las que... Nos sale un retrato robot muy, muy feo con el que no nos sentimos identificadas.

Es verdad que NOSOTRAS [nos gustaría mentir por omisión pero somos "testigas"... de nuestro tiempo] conocemos bibliotecarias que responden al cliché y lo dejan corto pero no es justo que paguen justas por pecadoras. Las bibliotecarias ya no somos todas tan carcas, tan jetas ni tan aburridas (¿lo hemos sido alguna vez como colectivo?). Es más, a ver en dónde encontramos otra profesión en la que se detecte una preocupación tan generalizada por las novedades tecnológicas, la innovación y el estar a la última. Un repaso por la literatura profesional nos deja clarísimo que el mundo de los ordenadores, las redes y lo virtual son el pan nuestro de cada día.

Si hasta en una revista de tan amplia difusión como *Mía* (nº 833, agosto-septiembre de 2002, p. 46-47) en un artículo sobre el tecnoestrés aparece el siguiente comentario:

"La expresión tecnoestrés fue acuñada por el psicoterapeuta estadounidense Craig Brod. Con ella se refería a una enfermedad provocada por la incapacidad de enfrentarse a las

tecnologías. El primer colectivo en el que se reconoció fue en el bibliotecario (a mediados de los 80 se encontraron con desafíos en su campo, nuevas demandas de los usuarios y la perspectiva de perder su empleo)"

A NOSOTRAS [suspicaces analistas] nos parece que tiene que haber alguna explicación para que una revista tan alejada de nuestra profesión (ni siquiera presenta *abstracts* al comienzo de cada artículo) ponga a las bibliotecarias como ejemplo de algo tan *avant-garde* como el tecnoestrés. Y se nos ocurre que:

La revista *Mía* entra dentro de lo que se denomina "prensa femenina" y las bibliotecas son un campo laboral tradicionalmente feminizado. Las responsables de esa publicación saben a quién se dirigen y dan por hecho que hay un colectivo de bibliotecarias

lectoras que se van a poner muy contentas con esa muestra de interés.

La redactora del texto, que firma como EF, es una licenciada o diplomada en Biblioteconomía y Documentación en paro que se ha reconvertido en periodista. En la facultad le han hablado mucho del gran salto tecnológico y ha aplicado sus conocimientos para ilustrar el texto con un ejemplo.

El comentario se refiere sólo a Estados Unidos y se les ha pasado el detalle. Porque a mediados de los 80 la mayoría de las bibliotecas del Estado Español tenían que integrar tecnologías tipo máquina de escribir eléctrica para reproducir fichas de cartón y ordenador para catalogar y punto (eso las más modernas). Casi todas las bibliotecas continuaban manteniendo catálogos manuales y las consultas a bases de datos *online* (por poner un ejemplo) eran una cosa muy especializada que hacían unas pocas.

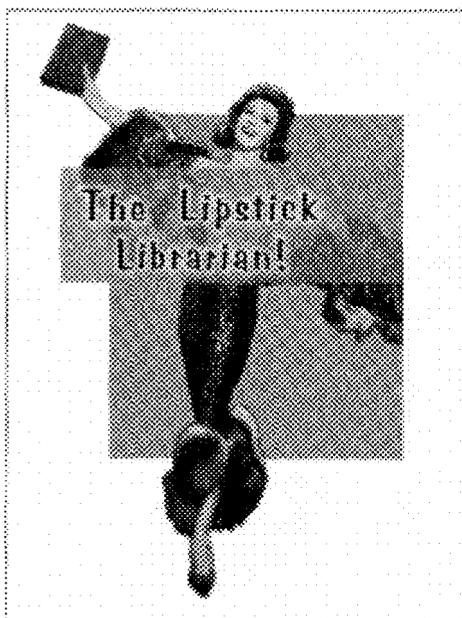
En todo caso, ahí tenemos un ejemplo de cómo las bibliotecarias vamos saliendo del rollito "señora antigua que dormita entre libros". Ya somos susceptibles de sufrir tecnoestrés, afrontar desafíos y atender nuevas demandas. Lo de perder el empleo daría para otro artículo pero, de momento, lo dejo en nota (2).

Pero aunque en la revista *Mía* las bibliotecarias quedemos *guay*, tan implicadas en los cambios tecnológicos, cuando salimos de cañas y entramos en conversación volvemos a la cruel realidad:

"¿Bibliotecaria? Hija no lo pareces, para nada hubiera dicho que eras bibliotecaria". Y ahí comienza una a sulfurarse y a pensar cuál será la apariencia que tiene una bibliotecaria y se acaba poniendo una en lo peor.

Resulta paradójico que con tanta preocupación como muestra nuestra profesión por las tecnologías sigamos teniendo una imagen tan tradicional, tan asociada al polvo de los papeles y al sopor tras las estanterías. Pensando que las bibliotecas son nuestro principal escaparate deberíamos mirar concienzudamente hacia los servicios que ofrecemos, la forma que tenemos de acoger a las usuarias, nuestra capacidad de dar respuesta a quienes se acercan buscando algo para encontrar alguna explicación sobre este asunto.

Deberíamos preguntarnos hasta qué punto las innovaciones tecnológicas afectan a nuestras usua-



rias y les hacen las cosas más fáciles dentro de la biblioteca (o fuera, que las teleusuarias aumentan). ¿Verdaderamente les importa que nuestras tareas internas (catalogación, adquisiciones, gestión de publicaciones periódicas, etcétera) se hayan automatizado? ¿Les cambia a ellas en algo su vida, o la percepción que tienen de la biblioteca, el hecho de que nos pasemos horas y horas pegadas al ordenador?

Veamos un ejemplo. Fijémonos en ese grupo de usuarias que se acercan a la biblioteca a buscar un documento concreto (un manual de la asignatura que están estudiando, una novela que desean leer o cualquier otro material). Lo que estas usuarias quieren es localizar rápidamente el documento que necesitan y tener unas buenas condiciones de consulta. Lo primero afecta al catálogo y a la ordenación de los fondos y lo segundo a las instalaciones y a las condiciones de préstamo. En todos esos ámbitos se pueden dar ejemplos de bibliotecas que no piensan en sus clientes a la hora de diseñar sus productos y servicios. Y no nos referimos a bibliotecas pequeñas, aisladas, con bajo presupuesto (o sea, a las bibliotecas públicas municipales en general) sino a centros lustrados y bien alimentados con fondos públicos (aunque lo de "bien" siempre es relativo).

Volvamos a esa hipotética usuaria-clienta que, sabiendo lo que busca, ha entrado en el catálogo de una gran universidad española –no, no vamos a dar nombres– con la intención de hacerse con un documento del que conoce el título. Si este documento está muy representado en la biblioteca corre el riesgo de abrirse con varias pantallas de listados porque resulta que esta biblioteca universitaria tiene la costumbre de crear registros no ya por cada edición sin cambios, sino por cada reimpresión, sin que ésta haya significado ninguna variación en el texto y/o la presentación del documento. Una vez seleccionado el registro que desea ver, nuestra usuaria-clienta se encuentra con una serie de datos que le traen al pario: clasificación, número del depósito legal, ISBN, secundarias de títulos, secundarias de autores, materias, etcétera y *sólo al final* la información sobre la ubicación del ejemplar y su disponibilidad que es, justamente, lo que la usuaria deseaba saber. También hay que señalar que la cosa cambia si la consulta se hace desde un ordenador con interfaz Web o desde una "terminal tonta" con las que también cuenta esta ínclita universidad. En el segundo caso, a las dificultades de con-

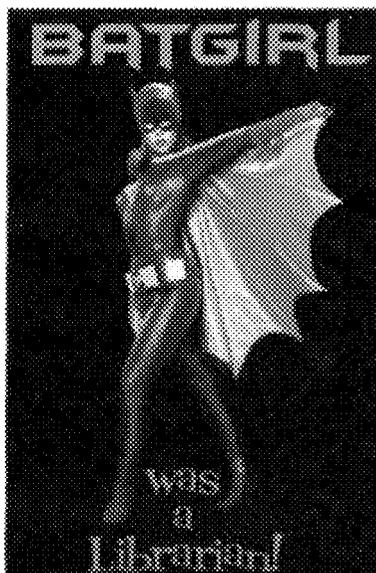
sulta (no se puede utilizar el ratón y todos los movimientos se realizan a partir de teclear letras o números) hay que añadir el problema del tamaño de la pantalla en la que muchas veces no cabe toda la información. A nuestras usuarias les da lo mismo que contemos con un sistema de gestión bibliotecaria a la última si luego tienen que vérselas con unos equipos informáticos carentes de posibilidades. Algo similar ocurre cuando se diseñan páginas Web que requieren equipos muy potentes y programas sofisticados para obtener una visualización completa y/o cómoda sin tener en cuenta a qué usuarias queremos llegar. Puede ocurrir que para la mayoría de ellas, si acceden desde sus casas, entrar en nuestra "superWeb" sea un martirio de esperas inútiles.

Lo que es válido para el OPAC (sencillez, posibilidad de elegir entre poca o mucha información en cada registro, etcétera) lo es para la biblioteca como

espacio. Nuestras usuarias necesitan una ordenación de los materiales clara y sencilla, nada de signaturas achorizadas con números y letras o de estanterías sin señalar o de circuitos caprichosos y saltarines. Si la biblioteca en su conjunto recuerda más a un procesador de textos en MS-DOS que a un Entorno Windows, nuestras usuarias seguirán percibiendo a las bibliotecarias como guardianas intransigentes, poco flexibles y anticuadas.

Si no nos empeñamos en hacer las bibliotecas fáciles (para llegar, entrar, usar, buscar,

pedir, intercambiar...) no nos quitamos la imagen de dinosaurias ni con la más completa colección de piercings y tatuajes. Eso sí, en caso de optar por esas modificaciones en nuestro cuerpo, a modo de salida individual del tópico típico, se puede contactar con *The Modified Librarian: Librarianship and the art of Body Modification* [<http://www.bmeworld.com/gailcat/>]. En esta página se encuentran textos y fotos de bibliotecarias que han modificado su cuerpo y quieren compartir con otras profesionales sus historias e impresiones. No todo el monte es orégano, en esa página también se da testimonio de una bibliotecaria que tuvo que retirar su foto porque a la dirección de la biblioteca no le pareció oportuno o no le gustó o no estaba de humor. Pero las que están cuentan cuál es su lugar de trabajo. Aunque sólo sea por su efecto liberador, diez puntos por la página. ¡Ya está bien de ocultar el tatuaje favorito con la "ropa de ir a trabajar"!



Y hablando de ropa, un trajecito de *batgirl* también puede ser un buen apaño para eso de cambiar de imagen. Aunque lo importante es, como siempre, tener el estado mental adecuado. Puede ser interesante darse un garbeo por *Batgirl was a Librarian!* [<http://www.naughtykitty.org/librarian.html>] y ver esa curiosa mezcla de recursos profesionales y sentido del humor.

Y las bibliotecarias necesitamos unas altas dosis de sentido del humor. Cualquiera que tenga que tratar con personas desde un servicio público necesita tenerlo y hacer el esfuerzo de recordar que lo tiene. Un ejemplo estupendo de sentido del humor es *The Lipstick Librarian* [<http://www.lipsticklibrarian.com/>]. NOSOTRAS la reconocemos como la primera página Web bibliotecaria que nos hizo soltar la carcajada. Es más, NOSOTRAS nos reconocemos como Lipstick librarians de corazón y fuimos Lipstick librarians *avant la lettre* cuando decidimos acercarnos a esta profesión. Esta página es la demostración de que hay una genealogía de buen gusto entre las madres de la profesión de finales del XIX y NOSOTRAS [nacidas para lo tecnológico pero muy bien arregladas].

Y por abundar en el tema de las tecnologías y sus implicaciones en nuestra imagen, ¿cuántas bibliotecas todavía no permiten el uso de ordenadores para los trabajos de sus clientas? NOSOTRAS [deslenguadas pero sin que nos guste señalar] sabemos de algunas bibliotecas de investigación que ofrecen la consulta a bases de datos y no permiten que las usuarias carguen los resultados en un disquete. Hay que proteger los ordenadores de posibles virus, vale. ¿Pero no sería más lógico vender en la propia biblioteca disquetes vírgenes o pasar un antivirus actualizado por el que traigan las propias usuarias? NOSOTRAS [pasmadas] también nos hemos encontrado con bibliotecas que ofrecen un servicio de reprografía con fotocopiadoras de autoservicio (una tecnología ya muy asimilada, pero tecnología) y no tienen previsto dar cambios de monedas o ni siquiera vender tarjetas: "No, mire, la tiene que comprar usted en este otro sitio, fuera de la biblioteca, pero sólo en horario de mañana, a esta hora ya está cerrado". NOSOTRAS [empatizadas con nuestras usuarias] creemos que esas no son maneras de tener a la gente contenta, ni de dar la imagen de un buen servicio, ni de que se animen a volver o lo hagan de buena gana.

¿Cuántas bibliotecas sólo tienen Internet para uso interno? ¿Cuántas lo ofrecen a sus usuarias-clientas y no ofertan cursos de formación? Todavía es muy común que las bibliotecas ofrezcan acceso a Internet pero sólo para buscar información sobre un tema. ¿Cómo se le puede ocurrir a alguien querer consultar su correo electrónico desde la biblioteca? Bueno,



NOSOTRAS creemos que otras bibliotecas son posibles.

Ejercicio

Os podéis imaginar una biblioteca con ordenadores último modelo, que ofrece la posibilidad de escanear, imprimir, trabajar con tus disquetes, navegar por Internet con una conexión rápida, poner correos electrónicos, hojear o leer revistas, consultar guías de viaje, novelas, CD-ROMs... Os imagináis esa biblioteca en el centro de la ciudad, dentro de un complejo que incluye otros espacios de ocio, cines y restaurantes y abierta a todo el mundo... Os imagináis que esa biblioteca es sólo una de las divisiones o sucursales de una gran biblioteca pública que llega a todos los barrios de la ciudad... Pues eso existe. Ahí está la Cable Book Library de Helsinki [<http://www.kirjakaapeli.lib.hel.fi/index-en.html>]. Tampoco es que por aquí nos parezca cosa de otro planeta una biblioteca que ofrezca a sus usuarias estaciones de trabajo potentes y conexiones a Internet. La Biblioteca de la Universidad de Cantabria tiene una división en el centro de la ciudad que ofrece unos servicios similares para la comunidad universitaria [<http://pc41.buc.unican.es/LaBuc/centros/PAR.htm>]. Lo que tiene de especial la Cable Book Library es que es un servicio público

abierto a toda la ciudadanía. Y es que, en estas cuestiones de bibliotecas públicas, Finlandia es un país envidiable. ¿Pero por qué no tenemos en el Estado Español un sistema bibliotecario que nos recuerde siquiera un poquito el finés? Vale, hay tradiciones históricas que no se las salta una galga, llevamos muchos años de retraso, vale. Pero aún con todo, ¿caminamos acaso hacia una corrección de esas tradiciones torcidas, sin bibliotecas, sin libertades, sin unos buenos servicios públicos? ¿vamos a la velocidad necesaria en esa dirección? Por que vamos a ver, somos occidentales, europeas, ricas... Pero sólo nos luce el pelo para algunas cosas: más coches, más centros comerciales, más consumo, más mercado.

NOSOTRAS [biblioguerrilleras] experimentamos un sentimiento de rabia cada vez que visitamos una gran-superficie-de-venta-de-productos-culturales en el centro de cualquier ciudad del Estado Español. Vemos personas de todas las edades (pero muchísimas jóvenes) que se mueven por esos espacios enmoquetados hojeando libros, escuchando discos, mirando y probando qué les apetece... para después comprarlo o no. NOSOTRAS [envidiosas de lo nórdico] nos preguntamos: ¿No podría nuestro poderoso Estado (en su variante central o en cualquiera de las sucursales autonómicas) gastar nuestro dinero en algo parecido a la Cable Book Library? ¿O es mejor seguir dejando los temas culturales en manos de la industria y el mercado? ¿No serían las bibliotecas un super éxito si pudieran competir con esos edificios tan céntricos y tan cómodos (3) ofreciendo novedades y documentos atractivos? ¿No favorecería la diversidad cultural que hubiera laboratorios públicos en los que probar, ver, investigar? ¿Os imagináis las posibilidades que darían unas bibliotecas llenas de gente para llevar a cabo políticas culturales diferentes? Porque NOSOTRAS no queremos reproducir el esquema de las grandes superficies comerciales en las que se impone la ley del mercado. NOSOTRAS creemos que la gente puede acudir a un lugar cómodo, atractivo y gratis (o sea, una biblioteca) buscando algo (cualquier novedad promocionada en los medios de comunicación) y encontrarse con muchas más cosas que ni siquiera sospechaba. Al menos, muchas más cosas que en esas atractivas grandes-superficies-de-venta-de-productos-culturales en donde la esperanza de vida de un libro, vídeo o disco es mínima y depende, en grandísima medida, de su momento de entrada al mercado.



“Pero hay otras prioridades”, dirán las más ecuánimes, “no podemos gastar en bibliotecas cuando se necesita hacer un gran esfuerzo en educación (4), sanidad, prestaciones sociales para ancianas, grupos más desfavorecidos...” Ya, claro, pero resulta que tanto en Finlandia como en el resto de los países nórdicos (países todos ellos con unos sistemas bibliotecarios espléndidos) es en donde más se invierte en gastos sociales. Y no es una cuestión de que ellos sean más ricos, o no es sólo eso, sino de elegir entre un modelo u otro de sociedad. Es, en definitiva, una cuestión política. Otra cosa es que nuestro gobierno, y otros tantos a este lado del paraíso, hayan declarado como verdad incuestionable que el estado del bienestar ya no es posible, que el gasto social es una rémora para el crecimiento económico y que se aca-

baron los tiempos de la intervención estatal en esos temas (para las más liberales en cualquier tema..., que no sea el orden público, claro. Menudo plumero se les ve a estas anties-tatalistas).

NOSOTRAS [que no estamos dispuestas a perder el *glamour* a golpe de mercado] no nos creemos ningún pensamiento único y pensamos que a las bibliotecarias nos va mucho

en esta batalla que se está librando contra lo público. Por eso os recomendamos el libro de Vicenç Navarro *Bienestar insuficiente, democracia incompleta: sobre lo que no se habla en nuestro país* (Anagrama, 2002), que no sólo de Webs se alimenta una bibliotecaria con ganas de estar informada. Este libro explica muy bien cómo en nuestro país nunca se ha alcanzado un nivel aceptable de estado del bienestar y ya tenemos a esas jaurías de bien peinados y bien planchados clamando para que desaparezca lo poco que se ha conseguido. El libro, que no nombra las bibliotecas, es interesante para cualquiera que crea en los servicios públicos de lectura. Su tesis es que en nuestro país el olvido histórico, la democracia incompleta y el insuficiente estado del bienestar están íntimamente relacionados. Pero además, demuestra cómo el gasto en bienestar social no está reñido ni con una economía globalizada, ni con un alto crecimiento económico y que la intervención estatal no supone menos creación de empleo y de riqueza, sino todo lo contrario.

Otra lectura recomendable para bibliotecarias, y muy relacionada con mercados y tecnologías, es el número 51 de la revista *Archipiélago* dedicado a la edición. Bajo el título “Editar en tiempos de gigantes” se da la palabra a varios editores, grandes y

pequeños, independientes o que operan dentro de grandes grupos, que hablan de lo que significa editar a estas alturas del siglo XXI. En casi todos los artículos se adivina (algunos lo citan) la espléndida y triste obra de André Schiffrin, *La edición sin editores* (Destino, 2000) que aunque no sea novedad no dejamos de recomendar. NOSOTRAS [bibliocencerras] tenemos una especial necesidad de estar informadas de lo que pasa en el mundo editorial y cierta responsabilidad sobre el mantenimiento de una bibliodiversidad que garantice la libertad de pensamiento y en muchos casos el buen gusto. Así que cuidado con las políticas de adquisiciones.

En todo caso, en este número de *Archipiélago* hay once artículos que tratan sobre la edición y todos son muy recomendables. NOSOTRAS [que nos encanta escoger] os recomendamos algunos. Por supuesto el de Jorge Herralde, "Experiencias de un editor durante la Transición (1973-1982)", al que tanto debemos todas las amantes de la literatura. Para pasar un buen rato, "Cómo montar una editorial universitaria" de José Antonio Sánchez Paso que destila humor negro y vitriólico. También tiene su gracia, con su tono gruñón tan bien mantenido, la aportación de Constantino Bértolo, "Acerca de la edición sin editores y del capitalismo sin capitalistas". El dossier se cierra con un artículo de José Antonio Millán, "El texto maleable: los avatares de la letra, de Gutenberg a Berners Lee", que habla sobre el texto electrónico con una visión equidistantemente alejada de los que lloran la muerte del libro y de los que celebran un futuro sin papel. Y es que a José Antonio Millán lo que le preocupan son las mejoras en nuestra capacidad de comunicación y no las predicciones de escenarios futuristas rosas, negros o de según qué color. ¡Ya está bien de tanta futurología! ¡Fuera las pitonisas! Parece que todavía hay pensadoras-críticas-teóricas que no se han dado cuenta de que lo que está ocurriendo es que el formato libro convive con muchos otros formatos y soportes. Para algunas cosas el papel tiene cada vez menos sentido (una enciclopedia, una revista de resúmenes, según que publicaciones periódicas de carácter científico...) pero para otras todavía puede seguir dando mucha guerra. Lo que es cierto es que la Web y el hipertexto nos han abierto unas vías que no vamos a dejar de explorar por mucho que lloren (y berreen) las nostálgicas de no sabemos qué tiempos. Lo que se nota es que a Millán le gustan los libros y sabe hacerlos muy bonitos. Ahí está su *Base y el generador misterioso: una aventura digital* (Siruela, 2002) con hermosos y ocurrentes dibujos de Arnal



Ballester, que gustará a personas de todas las edades pero que a las pequeñas seguro que les chifla.

Y como punto final, de ediciones y de recomendaciones, el número 47-48 de *Zehar: revista de Arteleku* dedica un dossier a "Pensar la edición". Veinticinco revistas relacionadas con la creación artística cuentan por qué crearon su proyecto editorial, para quién está pensada su publicación y cuáles son sus circuitos de difusión deseados. Interesante para las relacionadas con el arte

de nuestro tiempo y para las bibliotecarias que quieran ofrecer recursos frescos y alternativos sobre lo que se cuece en el arte actual. Allí están los testimonios de *Metronome*, *Mal de ojo*, *Afterall*, *Esculpiendo milagros*, *Neural*, *Mute*, *Quaderns*, *Erreakzioa/Reacción* y hasta 25 proyectos más.

Que disfruten estas frutas y que luchen por sus gustos. ☑

Javier Pérez Iglesias. Es bibliotecaria y lectora devota de poemas, novelas, ensayos, revistas y otros productos editados de este y otros siglos. Es armentísima hija de su madre, hermana de sus hermanas, sobrina de sus tías y tía de sus sobrinas. Además de amiga de sus amigas y novia de su novia (que para todo queda tiempo si sabe una organizarse).
jpereziglesias@hotmail.com

Notas

- (1) NOSOTRAS [cabacteras, agradecidas, emocionadas] sabemos que somos más. Hemos recibido varios correos electrónicos de bibliotecarias que leyeron el artículo publicado en el número de julio-agosto de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA y han querido comentar sus impresiones. NOSOTRAS [un poco abrumadas y muy contentas] agradecemos a todas esas compañeras sus muestras de afecto y nos sentimos más animadas aún a perorar sobre estos temas.
- (2) En una profesión como la nuestra en la que abundan las becas de colaboración, los contratos basura y las plazas de un nivel ínfimo para llevar a cabo tareas técnico-gestoras-directivas y tener responsabilidades muy elevadas (no hay más que darse un pasco por muchas bibliotecas municipales) el miedo a perder el empleo por causa de las tecnologías es algo residual.
- (3) No se nos entienda ahora que abogamos por el edificio espectacular en el centro de la ciudad y los barrios allá se las apañen. Las bibliotecas necesitan estar cerca de sus usuarias y debe haberlas cerca de donde vive la gente. Ahora bien, los centros de las ciudades tienen un efecto magnético sobre muchísimas personas que acuden a ellos de compras, a divertirse o a trabajar y eso hay que aprovecharlo.
- (4) NOSOTRAS [en algo se tenía que notar que llevamos años leyendo EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA] creemos que la educación y las bibliotecas son términos que caminan muy bien juntos. Con una salvedad: "la escuela es para unos años y la biblioteca sirve para toda la vida" Michel Melot *dixit*.